

PENÉLOPE



Intro

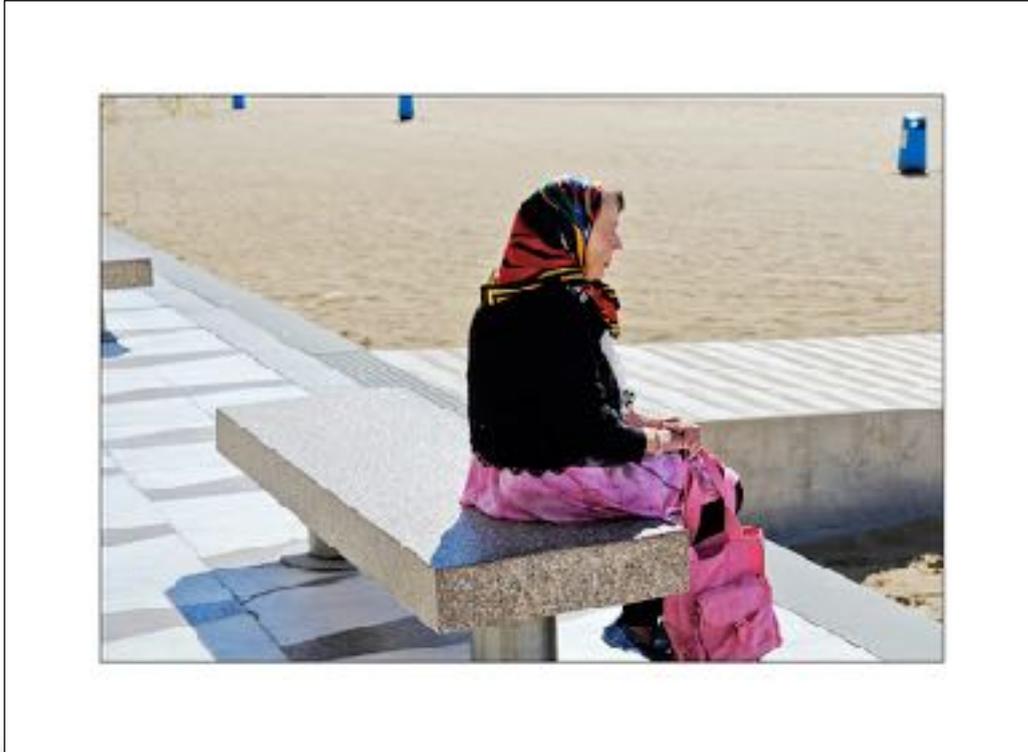
La miro y sé que debo llamarla Penélope.

Quienes me conocen y saben en qué ando puede que crean que le pongo ese nombre para hacerla partícipe de un proyecto, *Llamadme Odiseo*, que me duele entre las manos. No es así. El motivo es otro. De hecho ni siquiera le pongo el nombre en el momento de verla allí, sentada, ensimismada, encarnando sus silencios. La veo mientras paseo en mi deriva mañanera por la playa. Ese día toca Playa de Levante. Sobre las 9:30 AM. La veo y entonces necesito mirarla. La miro y me convierto en una nave espacial orbitando en la gravedad de un planeta al que casi un mes después bautizaré con el nombre de Penélope.

¿Por qué entonces el nombre? Así, de repente, mientras la observo ya convertida en mi mirada noto el susurro de una vieja canción de cuando era un adolescente y paseaba por el mismo mar en otro sitio más al norte. La canción que ahora sigue paseando su son y sus palabras se llama *Penélope*. Joan Manuel Serrat. Y así, desde la confluencia de una mirada y el eco de una canción surge esta historia. La historia de Penélope. Sentada en un banco de piedra frente al mar en lugar de sentada en otro banco y en una estación de ferrocarril.

Ambas, sin embargo, iguales en algo. Serrat lo cuenta de su Penélope. Yo lo intuyo en mi Penélope: “se paró su reloj infantil”.

Sobran razones



Muchas veces me han preguntado por qué fotografío a ciertas personas que salen a mi encuentro en mis derivas. Tal vez tú te lo estés preguntando también delante de esta imagen que es mi mirada construyendo una foto. ¿De verdad necesitas que te responda yo a esa pregunta? No, no digo que tu pregunta sea impropia o estúpida. Es acertada, oportuna; pero la respuesta no la debes esperar de mí. Si realmente esa pregunta te importa, entonces has de detener el paso, sosegar el tiempo, saborear la pregunta, y echar a caminar por el laberinto en busca de una salida que te conduzca a tu respuesta.

La miro. Recuerdo el día. Recuerdo el cómo. Ya te he dicho algo al respecto. Ahí me tienes, ocupado en caminar. 3 horas y 20 minutos para apenas 4 km. Esa mañana, del brazo de la cámara, la Fuji T2, camino por la Playa de Levante durante 3 horas y 20 minutos. Demasiado tiempo para tan poco recorrido; pero que quieres, cuando estoy en mis derivas acompañado de una cámara floto en el tiempo y logro que una distancia corta me depare el descubrimiento de un océano de mundos.

Cuando doy con ella apenas he comenzado a andar. He hecho quince fotos. Me he tomado dos cafés. Creo que he fumado tres cigarrillos. He saludado al mar. Parado ante él, escuchando sus historias que hoy tienen cierto deseo de ser el ruido y la furia a golpe de espuma.

No te dejes engañar. Mírale bien. Al mar. Ese azul oscuro que anda atrás empujando olas que, más tarde, serán crestas de himalayas de espuma y viento.

Las quince fotografías anteriores a mi encuentro con Penélope (la que tienes aquí es una de ellas) me gustan. Sí, no están mal, especialmente un tríptico de una pareja ejecutando una sutil danza en la orilla en su intento por atrapar el mar sin mojar los

zapatos. Pero es cuando la veo a ella allí sentada cuando noto el palpito. La llamada. Siento, también, que la cámara me tira de la manga. Por si no me he percatado. La cámara es una reciente adquisición y aún nos estamos acostumbrando el uno a la otra, la otra al uno que soy yo. Empuño la cámara. Miro por el visor. Selecciono el tipo de película. Ajusto el diafragma para acortar el campo forzando un desenfoque progresivo que disuada a cualquiera que pueda ver esta fotografía de buscar en ella otra protagonista, otro protagonista que no sea Penélope.



Uso un 53 mm en la mayoría de las tomas que hago de ella. Salvo en una en la que trabajo con un 83 mm. El diafragma a 5,0 y 5,6. Ahora sé que debería haberlo abierto más para

forzar un desenfoque mayor. Pero apenas tengo tiempo. Voy dando vueltas en torno a ella y temo que se percate y el hechizo de la historia se haga añicos en un cruce de miradas. Y temo, también, que en cualquier milésima de segundo su inmovilidad dé paso a un movimiento, aunque sea mínimo, tal que un aleteo de párpados o los dedos de la mano izquierda, reposada sobre la otra, desperándose.

Disparo cinco veces. Tres en color. Dos en blanco y negro. ¿Por qué esa variación? Simplemente porque al mirarla me parece sentir que su historia es en color por fuera y en blanco y negro por dentro. Cinco veces. Dos de ellas desde una posición similar. Las otras tres desde lugares distintos hasta casi completar una órbita alrededor del mundo que es Penélope.

Penélope

Mírala. Despacio. Acércate despacio hasta ella. Mírala.



¿Te has fijado bien? Todo en ella está hablando desde un silencio que me parece muy lejano. No la puedo encuadrar ni entre quienes son turistas ni entre quienes son gentes del lugar. Es alguien que proyecta desplazamiento. Sí, desplazamiento a pesar de que, si has detenido tu mirada el tiempo suficiente como para ir sabiendo, te habrás percatado de que parece una de esas esculturas humanas que pueblan las calles principales de ciudades principales para, desde su fingimiento de esculturas, cosechar unas monedas. Lo suyo no es inmovilidad, sin embargo. Es quietud. Reloj detenido. Tiempo detenido. Quietud ensimismada. Cierto, tienes toda la razón: sí hay un movimiento, el de su cabeza, pero es tan leve que apenas se percibe. Por lo demás, a pesar de que en las fotos se aprecie ese cambio minúsculo de postura de la cabeza, el gesto es el mismo.

Mira y tú sabes que por mucho que mires en la misma dirección que ella lo hace no lograrás ver lo que ella está mirando.

Escucha, pero tienes claro que no escucha lo mismo que tú y eso te enfrenta a la necesidad

de imaginar lo que ella está escuchando. Imaginarlo sabiendo que sería un milagro que acertaras a adentrarte en ese mar que no es de agua y sal, de espuma cabalgando el viento en forma de olas, ese mar que es de vida vivida en otro tiempo, en otro lugar. Tan lejos. Tan cerca. Sí, tan cerca porque el tiempo en el que la contemplas, que ya va a ser un tiempo en fase de eternidad, crees que eso en lo que ella anda sumida está a un pasito de la punta de tus dedos.

La luz y el cromatismo. Y en torno a ella, como los anillos de un Saturno encarnado en una mujer menuda que parece estar esperando a la palabra mágica que la convierta o que la devuelva a la invisibilidad, el blanco y el negro.

Me fijo en cómo ocupa el banco. No hay nadie más, pero ella se sienta en un extremo, casi al borde que marca el fin de la piedra banco y se asoma a la piedra losa. ¿Por qué no se ha sentado un poquito más centrada? Tal vez, ya lo sé, es porque cuando ella se ha sentado ya

había allí otras personas ocupando el resto del banco y dejándole un territorio minúsculo, una



parcelita. O tal vez porque ella, al llegar al banco vacío, ha elegido ese lugar, como la decisión de una persona que no quiere incomodar al mundo. Esto se ve reforzado por su silencio. Un silencio elocuente, pero no un silencio de figura muerta. Hay lugares donde a esas obras que aquí, y en otros sitios, denominamos naturalezas muertas las llaman still life. Penélope es el corazón mismo de eso que dice la expresión still life. Quietud. Silencio. La parcelita (apenas un rinconcito). Ella, Penélope, la invisible. ¿No crees en la magia? Imagina:

Y de repente Penélope, aquella a quien se le paró su reloj infantil; aquella que se disolvió cuando dieron las doce campanadas en una historia que se deseaba sueño y que se quedó en un recuerdo inapelable e inasible. Y de repente Penélope, cansada de tejer esperanzas, se disolvió. Invisible. Desapareció. Un día. En un lugar. En una vida. Dicen que de vez en cuando ella aparece. No sabes cuándo. Desconoces el dónde. No es por capricho. Es que así ha de ser. Aparece. Nadie la convoca. O sí. Tal vez la convoque alguien que ahora es un rostro, una voz, el tacto de una mano suave, una figura aventurándose más allá del umbral de una puerta que, Penélope a veces piensa, nunca debería haber estado allí. Una puerta que habría sido mejor si alguien la hubiera condenado. Esa figura que era una voz, unos ojos, el tacto de una mano suave, un rostro que se convierte en nuca que se convierte en un punto cada vez más pequeño, más pequeño, más pequeño hasta que, al traspasar el umbral, se convierte en un adiós sin cuerpo, sin textura. Y esa puerta que nadie condenó y que por eso mismo fue la condena de Penélope, manecillas de reloj girando en un punto que es siempre, para siempre, el mismo.

Dicen que tras un lapso de tiempo sin tiempo, de ahí que nadie sepa ni cuánto ni cuándo ni dónde, Penélope se dirigió a la puerta. Cruzó el umbral. Se fundió con la desaparición. Ya no estaba. Era una canción. Era la protagonista de un mito al revés.

Dicen que, de cuando en cuando, se aparece y allí la ves, con su pañuelo multicolor, su vestido rosa, la chaqueta de punto y los leggins negros, los zapatitos azules y su bolsito a juego con el rosa del vestido, con el rosa de aquel tiempo en el que se detuvo su reloj infantil. Sentada, siempre, en un banco que parece vacío. Penélope, al borde de la vida, en el territorio ambiguo de los sueños y de las fantasías, de los relatos infantiles, como un reflejo de esa tía mayor que tuve y que cuantos más cumpleaños apagaba más se enseñoreaba de una infancia sin tiempo.

Epílogo.

Ha pasado un mes desde el día en el que Penélope se me apareció. La contemplo ahora convertida en la mirada que fui para siempre en esos minutos en los que tuve el placer de conocer a Penélope.